

IRÈNE NÉMIROVSKY

CUENTOS SELECTOS

Prólogo de Pola Oloixarac

Traducción de Lucía Dorín



Índice

Prólogo	9
La Niania (1924).....	35
Un almuerzo en septiembre (1933)	45
Eco (1934).....	67
Domingo (1934).....	73
Un amor en peligro (1936)	95
Fraternidad (1937)	107
Nacimiento de una revolución.	
Escenas vistas por una pequeña niña (1938)	121
Magia (1938)	127
La noche en el vagón (1939)	135
Como chicos grandes (1939).....	155
El espectador (1939)	165
En razón de las circunstancias (1939).....	185
La otra muchacha (1940).....	201
Destinos (1940)	207
El miedo (1940).....	223
Los aparecidos (1941).....	227
Las vírgenes (1942)	245
Un hermoso matrimonio (1943).....	261

Irène Némirovsky Historia de dos voces

*El primer enemigo que convenía
combatir era uno mismo, su
propio pasado. Sí, era el comienzo
de la guerra. Parece lejano ahora.*

La noche en el vagón, 1939

Esta selección de cuentos de Irène Némirovsky es el reverso literario de una trama trágica, donde las circunstancias de la vida y la muerte de la autora se entrelazan. Algunos de estos cuentos se dieron a conocer en revistas que, con el avance de la Ocupación nazi de París, terminaron por encarnar orgullosamente el rostro cultural de la derecha francesa de paladar antisemita, como *Gringoire* y la *Revue des Deux Mondes*. A partir de octubre de 1940, cuando las leyes racistas impuestas por el gobierno de Vichy prohibían a los judíos llevar adelante actividades profesionales, entre ellas publicar, Irène pasó a utilizar pseudónimos para firmar sus escritos; los mismos editores que integraron por entonces las huestes colaboracionistas contravinieron sin embargo las peticiones de Vichy y continuaron publicando a Irène, dándole trabajo y pagando por él. Irène jamás escondió su origen judío, y fue la única escritora “rusa blanca”, es decir escapada

de la revolución bolchevique, que fue arrestada, deportada y que, un mes más tarde, moriría en el campo de exterminio de Auschwitz, a los treinta y nueve años.

Estos cuentos contienen las dos voces sobre las que Irène trabajó toda su vida. Dos instrumentos que atraviesan toda su obra, con sus propios fantasmas, nostalgias e intensidades. Por una parte, una voz que desemboza una sensibilidad impecablemente francesa; Irène se vale de ella para explorar el universo burgués que rodea a personajes atezados por el paso del tiempo, las tensiones amorosas y los desencuentros familiares. Cuentos como *Un almuerzo en septiembre* (1933), *Eco* (1934), *Domingo* (1934), *Un amor en peligro* (1936), y *Como chicos grandes* (1939) demuestran lo bien que Irène conocía la pequeña burguesía parisina, así como los pequeños placeres donde descansa su sensación de seguridad: las polveras de nácar, el jabón de Marseille, las listas de tareas domésticas que incluyen lidiar con las empleadas. En el centro de esta zona suele haber una mujer*.

La otra voz es un portal al mundo eslavo y judío, la zona mental y material del inmigrante. Está compuesta por ecos de recuerdos, como un viaje en el tiempo por la historia íntima de Europa, donde las guerras sucesivas parecen enroscarse unas sobre otras. En *Nacimiento de una revolución* (1938), la autora rememora el despuntar de la revolución bolchevique; en *Destinos* (1940), el telón de fondo

* Némirovsky adscribía ciertas ventajas a las mujeres autoras: “La mujer de letras, en todas las épocas, en todos los lugares, es una mujer que ha logrado obtener ventajas personales de sus problemas privados. Aunque sean muy diferentes por el talento y el carácter, todas tienen esta marca común: extraen sus novelas o sus poemas de sí mismas, de su propio corazón, de sus alegrías y de sus sufrimientos.” De una entrevista radiofónica en *Femmes de Paris – femmes de lettres*, del 19 de abril de 1939.

son las alertas por ataques aéreos en París, para poner en escena una viñeta cotidiana donde mujeres exiliadas de la guerra civil española conversan con mujeres que huyeron de la Revolución rusa. Lo que le interesa es la vida interior de sus criaturas; captar el instante en el que sus personajes se enfrentan a su espejo, a un doble que les revela algo temible sobre sí mismos, algo que su propia situación les impide ver. Esta duplicidad es una especie de tensión fractal que hace a los personajes enfrentarse a un abismo, y a nosotros con ellos. En esta zona se encuentra *Fraternidad* (1937), un cuento que en un principio fue rechazado por *Gringoire* (que para entonces ya era un semanario profuso en ensayos abiertamente antisemitas) por ser considerado antisemita, lo cual probablemente fuera un eufemismo, porque lo que probablemente consideraron inaceptable para su publicación era que el personaje principal fuera judío. El protagonista es Christian Rabinovich: ya su nombre lo revela como una mezcla de cristiano y judío. “Era de esos hombres que aprecian con una profunda y perversa aplicación la melancolía, la pena, la amargura, demasiado lúcida”, si bien él “nunca se entregaba al pánico, como lo hacen los burgueses ricos, sus hermanos”. Rabinovich, burgués y elegante (“mi nariz, mi boca, son los únicos rasgos específicamente judíos que me hayan quedado”), se encuentra con otro hombre que se llama igual que él: un judío pobre, vestido con sus ropas oscuras pasadas de moda, un Rabinovich que parece venir de otro tiempo o de otro planeta (el *ghetto*), y no puede creer que ambos sean Rabinovich, que ése sea su espejo. Christian Rabinovich, literalmente el Rabinovich cristiano, encarna al inmigrante asimilado, moderno, que observa con temor el nuevo aluvión de refugiados del Este; teme que ese tiempo de masacres y ruinas ancestrales (la cólera, los *pogroms*), que todavía persiste como un aura en estos recién llegados, los arrastre a ellos también.

Una voz debía salvar a otra.



Irina Leónidovna Nemiróvskaia nació el 24 de febrero de 1903 en Kiev, por entonces una capital provincial de la Rusia Imperial, en una casa espaciosa en la zona alta de la ciudad, ubicada en una bonita calle rodeada de tilos. En 1913 obtuvieron un derecho de residencia en San Petersburgo, y los Némirovsky abandonaron Kiev para mudarse a un elegante apartamento en un exclusivo distrito, a pasos de la casa donde vivió Vladimir Nabokov cuando era niño. Como otras ciudades imperiales, la futura Petrograd sólo admitía dentro de sus confines un porcentaje muy escaso de judíos, como algunos magnates, artistas de renombre y banqueros riquísimos. Los Némirovsky era una familia acaudalada y muy bien conectada, que desde hacía generaciones pertenecía a la clase media alta y se codeaba con los círculos áulicos del gobierno imperial y la alta sociedad, de fe ortodoxa cristiana. Irène describiría así la geografía social de Kiev:

La ciudad ucraniana se encontraba dividida, desde el punto de vista de los judíos que vivían ahí, en tres regiones diferentes, como lo remarcaban las fotografías de la época: los condenados de abajo, atrapados entre las sombras y los fuegos del Hades; los mortales en el medio, iluminados por una luz pálida y apacible; y arriba, el reino de los elegidos.

Los Némirovsky formaban parte, a todas luces, de los elegidos. Veraneaban en el sur de Crimea, y también en Biarritz y en la Riviera Francesa; en una época en la que la gente rara vez salía del país, no tenían problemas en obtener visados. Cruzaban Europa en el Orient Express y a veces pasaban temporadas en

Moscú, en el coqueto *pied-à-terre* de un diplomático apostado en Londres, amigo del padre. El mundo donde se mueven los Némirovsky coincide con las zonas más opulentas de la ciudad, celosamente apartadas del *podol*, los barrios populares donde viven los judíos religiosos, típicamente pequeños comerciantes que llevan altos sombreros y ropas negras que no tienen nada que ver con la moda europea del momento, a la que los Némirovsky se entregan con esmero religioso. En las fotos que se conservan, los padres de Irène, Fanny y Léon Némirovsky, pasean de punta en blanco por la plaza del Kremlin, él con un sombrero hongo y ella con un amplio sombrero claro y una sombrilla prístina; a lo lejos se adivinan las cúpulas junto al río Moskva. Los bisabuelos de Irène sonríen en el jardín de su *dacha*: Eudoxia lleva un largo collar de perlas y Boris está enfundado en un elegante traje de tres piezas; del chaleco sobresale reluciente la cadena dorada de un reloj de bolsillo. En las fotos, Irène siempre va de blanco impoluto, con *Mary Janes* claras y el cabello recogido de manera muy sencilla. Como otros judíos de clase media, y a diferencia de los barrios de abajo, en la familia no eran observantes de los preceptos religiosos. En una entrevista de 1930, Irène comenta que “las tradiciones eran demasiado complejas y primitivas para seguirlas estrictamente. Algunos años ayunábamos, y para Pésaj comíamos pan sin levadura junto con pan ruso común, lo que por supuesto era un grave pecado”.

En noviembre de 1917, cuando los bolcheviques toman el Palacio de Invierno y el Imperio ruso cae ante la marea roja, los Némirovsky deben esconderse y planear la huida. Dejan San Petersburgo el mes siguiente y cruzan a Finlandia, vestidos como campesinos; aunque escapan de los comunistas, eligen refugiarse en un pueblo “rojo” finés, donde viven cazadores y trabajadores afines al movimiento obrero. La familia se instala en

una cómoda casa en el bosque y tienen tres empleadas, mujeres finas que los atienden nerviosas y solícitas. La guerra civil se desencadena en Finlandia, pero Irène vive su nuevo destino temporario de manera idílica. En uno de sus paseos encuentra una casa abandonada en el bosque (otros que, como ella, debieron huir de la guerra civil) y para su fortuna está provista de una biblioteca espléndida, un tesoro lleno de libros en francés e inglés, donde la joven se la pasa leyendo y donde descubre a Oscar Wilde. Irène tiene catorce años y empieza a escribir sus primeras historias. Irène revive la atmósfera de este primer exilio en el relato *Magia* (1938).

En *Un enfant prodige*, novela temprana de Némirovsky, hay un niño que lee mientras las balas zumban a su alrededor. Su madre lo reprende; tiempo después, el niño se convertirá en poeta. En 1930, cuando ya sea una celebridad, Irène hablará de su infancia con la misma imagen: acurrucada en un sillón leyendo el *Banquete* de Platón, mientras afuera tronaban las descargas de fusiles. El sillón es la versión burguesa de la torre de marfil de nuestra autora: Irène se ufana de esa conexión íntima con la literatura mientras la historia se despliega de fondo, como si no pudiera rozarla, como si la comodidad de su refugio le permitiera jugar a ser la cronista perfecta.

Pasa un año y la guerra civil cesa. Los “blancos” conservadores se imponen, con el apoyo del Segundo Imperio Alemán, sobre la facción “roja” fina, abroquelada por los bolcheviques rusos, pero los Némirovsky no pueden regresar a San Petersburgo. El puño feroz de Lenin se ciñe sobre el territorio; la derrota del movimiento blanco (en la que el padre de Nabokov, Vladimir Dimitrievich, era una figura de la opción progresista) pronto será definitiva. Los Némirovsky se trasladan a Suecia. La leyenda familiar es que los Némirovsky viajan con una cantidad

pasmosa de lingotes de oro, que algo de ese oro queda escondido en Suecia, aunque la mayor parte de la fortuna queda atrapada en la nueva Rusia bolchevique. Finalmente, recalán en París.

En la capital francesa, Irène siente que ha alcanzado su patria verdadera. Como Victoria Ocampo (y como Nabokov, con el inglés), su primera lengua no fue su idioma de origen, sino el francés. Lo hablaba con su institutriz y con la madre; el ruso lo usó apenas para los deberes del colegio, pero nunca escribió en ruso. Irina Nemiróvskaia se convierte en Irène Némirovsky, y se enrola en la Sorbonne para estudiar literatura rusa y literaturas comparadas, donde combina su pasión por las dos tradiciones literarias más excelsas de su tiempo: la eslava y la francesa. Los Némirovsky se instalan en un amplio apartamento en la *rue* de la Pompe, en el 16^e *arrondissement*. Después de graduarse, en 1926 Irène se casa en la sinagoga de la *rue* Montevideo, a pasos del Bois de Boulogne, con Michel Epstein, un banquero judío ruso como su padre.

La pareja se mudará a un coqueto apartamento en la *avenue* Daniel Lesueur, un espléndido *cul de sac* cerca del *boulevard des Invalides* en el 7^e. Tiempo después, Irène envía el manuscrito de una novela en un sobre bajo el nombre “Epstein”, con sólo su dirección debajo, al célebre editor Bernard Grasset, la cabeza de la casa editorial que había publicado a Marcel Proust, entre otros escritores que Irène estudia y admira, como François Mauriac. Grasset se sorprendió cuando quien finalmente apareció en su oficina fue una joven menuda de veintiséis años, que ha decidido firmar la novela con su nombre de soltera. La novela en cuestión, *David Golder*, se convertirá en un gran éxito de ventas en París. Retrata un mundo que Irène conoce bien: David Golder, el personaje que da título a la novela, es nada menos que un banquero judío ruso.

Irène ofrecía una visión “desde adentro” del misterioso mundo de los empresarios rusos de París; algo que interesaba, que generaba morbo, también porque en esa época los judíos eran una novedad con buena aceptación: el Estado francés había recibido con los brazos abiertos a los emigrados de la Revolución rusa. *David Golder* debe su atractivo a cómo pone en escena ciertos estereotipos antisemitas: que son apátridas, materialistas, sólo movidos por la ambición. La novela es celebrada por los círculos de derecha, y criticada por los críticos literarios judíos, que la acusan de antisemita.

Pero lejos de ser el fruto de un nebuloso autoodio racial, *David Golder* parece más bien la venganza literaria de una autora joven contra ciertos personajes de su familia: un ajuste de cuentas donde la autora muestra el filo de su arsenal. *David Golder* es una novela moral, propia de la tradición rusa: un espejo deforme de su propia familia, escrito con el furor profano de alguien que parece estar mirando por el ojo de la cerradura, donde la madre (figura recurrente en Némirovsky, siempre negativa) es la que sale peor parada por su crueldad. La esposa de Golder es una mujer vana, fría, sistemáticamente infiel; cuando su marido está en el peor momento, le dice que su hija no es realmente suya. Siempre encuentra algo hiriente para lastimarlo; cuando David siente el rechazo de los círculos de París, le dice “nunca has dejado de ser ese pequeño judío que vendía trapos y chatarra por la calle”. Golder parece atrapado por los vicios de una riqueza que no parece más que alejarlo de la felicidad; al cabo, la conquista del capital por el capital mismo ha sido una empresa vana, y Golder vuelve a la ciudad donde nació, en la Rusia profunda. Y así como Borges escribe sobre el encuentro con su “destino sudamericano” de Francisco Narciso Laprida, muriendo en un campo de batalla,

Golder encuentra su destino judío muriendo solo en compañía de extraños, hablando en *yiddish*.

Es un cuento moral, donde la autora exhibe sus dotes salvajes como novelista de la sociedad. Una década después, cuando la marea antisemita recrudezca su alcance sobre París, ella va a renegar de este libro, dirá que lo escribiría de otra manera. Cuando la prensa la acusa de antisemita, ella declara a una periodista de *L'univers israélite*: “Estoy demasiado orgullosa de ser judía como para haber pensado alguna vez en negarlo”. En efecto, a diferencia de autores como Nathalie Sarraute (*née* Natalia Tcherniak), o Romain Gary (Roman Kacew), Irène no tomó un pseudónimo para afrancesar su figura literaria. Su origen ruso judío siempre fue visible, como un rasgo más, como una nota al pie en la novela de su vida. Desea escribir sobre “la sociedad que conozco mejor y que se compone de personas fuera de sí, salidas de su medio, del país en el que normalmente habrían vivido, y que no se adaptan sin impacto, ni sin sufrimientos a una vida nueva”*. ¿Por qué no puede pintar su aldea, una prerrogativa –casi un deber– de cualquier escritor naturalista? ¿Por qué no puede ella hacer como Mauriac, describir la burguesía que la rodea con filo y precisión? Irène reclama la libertad total del novelista psicológico, de poder pasar su escalpelo sobre el borde de sus criaturas y que estallen de vida en la imaginación del lector. Está empeñada en narrar la vida interior del mundo que observa, y lo hace con tanta intensidad, que es prácticamente como si nunca hubiera salido de su distinguido *quartier* del 7^e.

En efecto, Irène esquivó completamente las vanguardias que sacuden el mundo intelectual de la ciudad, la bohemia y

* De la entrevista radial *Comment travaille une romancière*, M.-J. Viel, 1935.

el surrealismo, que tienen su epicentro al otro lado del Sena, en Montmartre. Su clase social, unida a su éxito como novelista de sociedad, hacen que apenas cruce el río, del lado de Le Marais, donde vive la mayoría de los judíos, el *podol* parisino. Otra explicación para esta distancia implacable es de orden estético: su estilo literario no tiene nada que ver con las vanguardias. Sus temas burgueses, su naturalismo, su interés por la psicología realista son más cercanos a los maestros rusos, a Émile Zola y al siglo XIX francés, es decir a la tradición que los surrealistas y vanguardistas buscan subvertir. Una vez más, nada parece ligarla a los sueños que se agitan en otras partes de la ciudad.

No menos relevante es el peso de su exilio ruso. Con la llegada de la Revolución, su padre pierde su fortuna como el resto de los rusos acaudalados, lo que contribuye a convencerla de que tanto ella como su familia pertenecen a una hermandad muy específica: la de los anticomunistas. Siente que su lugar natural se encuentra junto a la *réaction*, los círculos de extrema derecha franceses donde se cuece el más acérrimo sentimiento antibolchevique.

Irène está empeñada en abrazar su nueva patria francesa, en demostrar que su corazón y su arte son todo menos apátridas: cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, escribe loas a los valores franceses para la radio danesa, donde celebra “la magnífica moral de Francia”, “su simplicidad y valor”. Acaso Irène fantasea, como buena parte de los escritores de derecha, que Francia tomaría una altiva posición en la guerra, armándose para la batalla.

En su casa celebra veladas donde acuden miembros de la Croix-de-Feu, el grupo de derecha que nucleaba a católicos conservadores de ultraderecha, entre ellos algunos que provienen de Action Française, la liga *réac* fuertemente influida por

Charles Maurras, intelectual nacionalista y vocal antisemita que apoyaría con vehemencia el régimen de Vichy. La Croix-de-Feu era un grupo nacionalista y particularmente xenófobo contra los algerianos, aunque también en cierta medida contra los judíos; su fundador François de la Rocque, sin embargo, sostenía que el antisemitismo era un sentimiento antifrancés, y que como tal debía ser combatido. En 1934, existía incluso una Croix-de-Feu judía, y personajes como Edmond Bloch, a quien Maurras, abiertamente antisemita, enaltecía especialmente por tratarse de un “judío bien nacido”.

En este momento, nuestra autora es, junto a Colette, la *best-seller* más celebrada de París. “Colette está promoviendo su libro *Duo* mientras que Irène Némirovsky está otra vez publicitando *David Golder*”, escribe un periodista en mayo de 1935. *David Golder* fue un *best-seller* ininterrumpido durante toda la década, un éxito de público llevado a las tablas y al cine. Por entonces, Colette e Irène eran las únicas mujeres que podían vivir cómodamente con lo que ganaban escribiendo.

Las veladas en la *avenue* Daniel Lesueur reúnen a lo más chic del mundillo *réac*, los futuros *collabos* más convencidos. “Todas las ventanas estaban abiertas y todo lo que se decía causó un escándalo en la *avenue* Daniel Lesueur, ¡qué batalla!”, contaría tiempo después la gobernanta Cécile Michaud, en un reportaje en los años sesenta. Por allí pasaron Jacques Chardonne, que participaría en 1941 de un viaje de intelectuales franceses a Alemania, invitado por Joseph Goebbels, y Paul Morand, que publicó en 1933 *France la douce*, un libro que denunciaba que el cine francés había sido invadido por “piratas, naturalizados o no, que se habían hecho camino desde la oscuridad de Europa Central hasta Champs Elysées”, cuya esposa Hélène Soutzo, princesa rumana que había sido amiga de Marcel Proust, era

orgullosamente antisemita y amiga personal de Otto Abetz, el hombre de Ribbentrop ante el mando militar alemán, entre otros hombres de letras fuertemente politizados, pero siempre dentro de la gama de formas y colores que ofrece esa cruce entre la alta cultura, el refinamiento y la sociedad que define por entonces a la *droite française*.

En ese *cul de sac* tan altivo y refinado, uno más del circuito de la *crème de la crème* editorial de París, Irène y su marido Michel regaron las copas y cultivaron la amistad de personajes a los que luego rogarían por sus vidas.

★ ★ ★

Irène escribe todo el día. Se instala con su pluma favorita frente al escritorio en su balcón vidriado, desde donde puede ver el jardín. Deja que su hijita Denise juegue bajo su escritorio, bajo la condición de que lo haga en silencio. Su marido Michel pasa a máquina sus manuscritos; el escritorio de Irène es el vórtice en torno al cual gira la familia.

Su ritmo es exigente y sostenido. Publica una novela por año, a las que llama “novelas alimentarias” (*nouvelles alimentaires*), además de varios cuentos recogidos por esta selección. Sólo aminora el ritmo en 1932, año en que muere su padre, y en 1937, cuando nace su segunda hija. Emplea una gobernanta, una criada y una cocinera, y se mudan al séptimo piso de un amplio apartamento en la *avenue Constant Coquelin*, a la vuelta de su Daniel Lesueuer. En este momento de su vida gana incluso más que su marido, que es director del Banque des Pays du Nord. En su declaración de rentas de 1938, Michel declara haber ganado unos 41.850 francos (unos 15.054 dólares), mientras que Irène declara unos 137.000 francos (49.280 dólares), de los cuales más

de 100 mil francos provenían de sus cuentos y de las publicaciones serializadas en semanarios.

Irène abraza su profesionalización de escritora a toda velocidad, lo que implica maniobrar con delicada firmeza sus relaciones con sus diversos editores y sus distintos contratos. Los semanarios pagan muy bien por los cuentos, por lo que compiten con las casas editoriales con ventaja: gozan de la fuerza de la novedad, tienen un gran tiraje y se venden muchísimo a un costo de imprenta mucho más bajo*. Cuando Grasset cae en depresión, Irène debe deshacer su acuerdo con él y pasa a firmar un contrato para novelas venideras con Albin Michel, a quien luego debe convencer de que le permita también publicar piezas cortas en revistas. En sus cartas con los editores, Irène maneja las artes equilibristas de la autora que debe negociar y renegociar por cada una de sus creaciones, y en general obtiene lo que quiere.

Cuando Paul Morand la contacta para incluir una historia suya para la colección que dirige para la NRF (donde ha incluido un texto de Pierre Drieu La Rochelle, el amigo de Victoria Ocampo y celeberrimo colaboracionista que terminará suicidándose), Irène le escribe a Albin Michel pidiéndole que haga una excepción para ella, para poder publicar ahí. Michel le responde: “Nuestra unión espiritual es muy reciente y sería muy desagradable para mí permitirte infidelidades cuando nuestro primogénito aún no ha nacido”, aludiendo a la novela que Irène todavía no entregó. Irène retruca: “Una esposa debe lealtad a su marido. Por eso me inclino ante tu decisión y espero que tengas los mismos sentimientos hacia nuestros hijos una vez que nazcan, que cuando se encuentran en su etapa embriónica”.

*“Los autores pueden escribir para los semanarios, que dañan tanto a los editores de libros, pero los editores, que viven sólo de las ventas de libros, no tienen esta fuente extra de ingresos”, sopesa en una carta Albin Michel.